



Asociación Mexicana de Tanatología, A. C.

**DEL DUELO ... UN VIAJE.
ESTUDIO DE CASO.**

TESINA

**QUE PARA OBTENER EL DIPLOMADO EN
TANATOLOGÍA**

PRESENTA:

TANIA BEATRÍZ ESPINOSA BALCÁZAR



Asociación Mexicana de Educación Continua y a Distancia, A.C.

México D.F. a 01 de diciembre de 2011

**DR. FELIPE MARTINEZ ARRONTE
PRESIDENTE DE LA ASOCIACION
MEXICANA DE TANATOLOGIA, A.C.
PRESENTE.**

Por medio de la presente le informo que revisé y aprobé la tesina que presentó:

TANIA BEATRÍZ ESPINOSA BALCÁZAR

Integrante de la Generación 2010 – 2011

El nombre de la Tesina es:

**DEL DUELO ... UN VIAJE.
ESTUDIO DE CASO.**

**Atentamente
Oscar Tovar
Director de Tesina**

GRACIAS ...

A mis **maestros** del Diplomado, porque la mejor enseñanza fue su ejemplo

A **papá y mamá** , porque cada día de mi vida se lo debo a ustedes

A mi **hermano**, te quiero Shondi

A **Christian**, porque fue “tan bueno despedirnos como habernos conocido”

A la **familia Apolinar**, por la valiosa confianza

Al **Flaco**, por el gusto de compartir

A **Diana y Ana**, mis cómplices

A la **vida**, por el aprendizaje cotidiano

A la **muerte**, por enseñarme a ser más humana

ÍNDICE

Justificación	5
Introducción	7
Objetivo	9
Metodología	9
Capítulo uno. Marco conceptual	11
Tan sólo se odia lo querido	12
Muerte y la capacidad de reaccionar frente a ella	13
Duelo	15
Duelo en los niños	19
Capítulo dos. Estudio de caso	25
Descripción	26
El accidente	28
Una expresión del proceso de duelo	30
Capítulo tres. Análisis	32
El duelo en E.	33
Jacinta vs. R. El proceso de Identificación	33
La idealización, un tributo al cariño	35
De la ambivalencia, una paradoja	36
El duelo en L.	38
Capítulo cuatro. Conclusiones	40
Otras realidades	42
Bibliografía	45

JUSTIFICACIÓN

Nada es casual...

Bien lo decía Freud, no existen las casualidades sino las causalidades.

Poco antes de concluir el Diplomado de Tanatología, en la Asociación Mexicana de Tanatología A.C. (AMTAC) ocurrió el fallecimiento de una compañera de trabajo a causa de un accidente automovilístico, lo cual ya de por sí era impactante por el hecho de tratarse de una conocida, mi interés fue aún más fuerte cuándo supe que entre los familiares cercanos, le sobrevivían niñas. Mi respuesta inmediata fue pensar en ellas y las características del contexto que sobrevenía, es decir, ¿quién les daría la noticia?, ¿cómo se las darían?, ¿qué papel jugarían las pequeñas en la situación?, ¿cuál sería el impacto de este acontecimiento en su vida?

Cierto es que la elección del duelo en niños como tema de mi tesina fue un tanto difícil debido a que el motivo principal de cursar dicho diplomado, respondía a mi necesidad de adquirir más herramientas para brindar apoyo a las personas adultas mayores, quienes durante los últimos cinco años han sido el objeto de mi atención, profesionalmente hablando, sin embargo, la realidad se me presentó con verdadera inquietud y no pude seguir resistiéndome a ella. Fue así que después de haber acompañado a la familia en el velorio, días después volví a contactarlos para solicitarles la oportunidad de apoyarles en su dolor, principalmente a la sobrina de nueve años a quien acompañé en esa ocasión, y a la mamá de ésta, quien posteriormente solicitó el apoyo.

Por otro lado, se tiene evidencia de los resultados que diversos estudios relacionados con el duelo en los niños han demostrado, entre ellos se pueden encontrar los que hablan acerca del duelo en hijos de padres divorciados (Lora Heims Tessman, 1978), o en personas viudas (Raphael, 1973) incluso, aquellos vividos por la muerte de un abuelo (Gorer,1965), lo que no se encontró en la revisión bibliográfica realizada, son estudios que aborden el duelo en infantes por el fallecimiento de un tío, o tía en este caso, de aquí la relevancia del presente trabajo.

También es importante mencionar que dichos estudios se han elaborado con información proporcionada por el progenitor o pariente sobreviviente y no con la experiencia del propio infante, como el caso que aquí se presenta.

INTRODUCCIÓN

Si bien es cierto que la muerte es un evento inherente a la vida, también lo es que sea lo único certero en ella, aunque ignoremos cuándo o cómo ocurrirá, mucho menos a quién.

De lo que se conoce al respecto, podemos decir que es el producto de las interpretaciones que se han hecho de las experiencias de quienes han permitido indagar sobre su propia vivencia, ya sea porque estuvieron al borde de morir o un ser querido lo estuvo, o por alguna razón se tuvo un acercamiento a alguna pérdida. Lo relevantes es que la particularidad de cada caso es un agregado al discernimiento de lo que representa la muerte y lo relativo a ella en la subjetividad.

En la actualidad se puede encontrar un vasto repertorio de teóricos que han abordado el tema desde diferentes perspectivas, iniciando por Freud, pasando por Kübler-Ross, hasta Bowlby. Lo que aquí interesa es el abordaje desde la mirada de los niños, específicamente, el proceso de duelo de una niña de nueve años, por lo que estamos hablando del acercamiento al tema desde un estudio de caso.

Tal como lo plantea Bowlby en su libro *La pérdida*, es bastante frecuente que en nuestra cultura occidental, y aún en la cultura mexicana llena de festividades y culto a la muerte, siga siendo tabú hablar de ella sobre todo con los niños, pues de acuerdo al autor, cuando ocurre un deceso por lo general existen adultos alrededor del mismo o muy pronto se enteran de él, en cambio, los niños son los grandes ausentes en estas circunstancias pues son los últimos en ser informados y en el

caso de serlo, se les mal informa, por lo que no debería de sorprendernos la poca concordancia de las respuestas que tienen frente a la muerte.

En suma, debemos entender, sobre todo los adultos, que la muerte es parte de la vida de todo ser vivo desde que nace y la noción que tengamos de ella se construye en la infancia y tiene implicaciones en la subjetividad, por lo cual resulta trascendental prestar atención a las primeras experiencias.

OBJETIVO

El acercamiento tuvo como objetivo principal acompañar la elaboración del duelo de una niña de nueve años. A través de la creación de un espacio en dónde se reconocieron sus emociones, se favoreció la experiencia del duelo como un proceso de aprendizaje para afrontar las pérdidas, así como catalizador de la dinámica familiar.

METODOLOGÍA

Estando de acuerdo con lo planteado por el Dr. Pedro Reyes y la Dra. Aymara Hernández, en su ensayo titulado *“El estudio de caso en el contexto de la crisis de la modernidad”* (2008), en el cual plantean el repunte de una “ciencia emergente” en respuesta a la incompetencia de la ciencia a la que denominan “moderna” (la cual alude a las prácticas positivistas mejor aplicadas en las ciencias duras), para resolver problemas del siglo XX, es que se enmarca el presente trabajo.

Para la llamada “ciencia emergente” la realidad no le es ajena al investigador, pues él forma parte de aquella y por tanto la afecta y es afectado con sus intervenciones cuya finalidad es aprehenderla, es así que resulta necesario *“conectar personalmente al investigador con lo que estudia, al punto de que todo conocimiento sea autoconocimiento, superando así la dicotomía sujeto-objeto.”* (Reyes y Hernández. 2008).

La propuesta de estos investigadores es considerar al estudio de caso, como modalidad de la investigación cualitativa.

Cabe mencionar que el estudio de caso como modalidad de investigación, *“persigue el entendimiento cabal -la comprensión en profundidad- de un fenómeno en escenarios individuales, para descubrir relaciones y conceptos importantes, más que verificar o comprobar proposiciones previamente establecidas”* (Zapata citado en Reyes 2008), como se esperaría de una investigación de corte positivista.

Para el caso en particular, se realizaron sesiones semanales desde principios de noviembre hasta mediados de diciembre, por lo que fueron siete sesiones con la niña y cuatro con la madre, mismas que no fueron grabadas con la clara intención de propiciar un espacio lo más natural posible, de esta forma se echó mano de la atención flotante y el diario para anotar después de cada sesión la mayor cantidad de información posible.

CAPÍTULO UNO
MARCO CONCEPTUAL

TAN SÓLO SE ODIA LO QUERIDO

Hablar de pérdida es hablar de apego, como bien lo dice la canción de Julio Jaramillo.

En su teoría de apego, John Bowlby considera *“la propensión de los seres humanos a establecer intensos vínculos afectivos con otras personas”*. Y define la conducta de apego como *“cualquier forma de comportamiento que hace que una persona alcance o conserve proximidad con respecto a otro individuo diferenciado y preferido”*, teniendo como meta *“mantener ciertos grados de proximidad o de comunicación con la figura (las figuras) de apego distinguida(s)”* (Bowlby, 2009)

Con lo anterior, resulta más claro entender el sufrimiento que causa la pérdida de un ser querido y las razones por las que se echa mano de los mecanismos defensivos para evitar la aparición o la prolongación del dolor inminente, además que se puede *“explicar las múltiples formas de padecimiento y de trastornos de la personalidad, incluyendo la ansiedad, la cólera, la depresión y el desapego emocional, a que dan origen la separación y la pérdida sufridas”* (Bowlby, 2009)

LA MUERTE

La muerte y la capacidad de reaccionar frente a ella

Los teóricos en el tema tienen su propia concepción en lo que se refiere a la muerte y el proceso de duelo en la infancia, así como las consecuencias de estas experiencias previas en la edad adulta.

“Investigaciones con pacientes moribundos geriátricos y psicóticos han indicado que lo opuesto va más al grano; la aprehensión y el miedo referente a la muerte y al proceso de morir pueden por sí mismo producir síntomas psíquicos tales como depresión, miedos exagerados de pérdida, fobias, síntomas físicos tales como insomnio y manifestaciones psicosomáticas e incluso psicóticas.” (Whal en Fleming-Holland, 2008)

“En contraste con mucha de la literatura clínica tradicional, la cual insiste en que los mecanismos de adaptación utilizados para enfrentar la amenaza de la muerte son los mismos mecanismos, aunque intensificados, que el individuo utiliza en situaciones personales en su vida cotidiana, las investigaciones de Feifel han demostrado repetidamente que las estrategias utilizadas para enfrentar a la muerte reflejan modificaciones significativas en la configuración de los mecanismos tradicionales.” (Feifel y Nagy, 1986; Feifel y Stack, 1989 en Fleming-Holland, 2008).

En otras investigaciones, se cree que *“la capacidad para reaccionar ante la pérdida de modo tal que con el correr del tiempo se puedan reanudar las relaciones personales se desarrolla con mucha lentitud durante la niñez y la adolescencia.”* (Bowlby, 2009 p. 53)

Para Melanie Klein, la capacidad de responder a la pérdida se establece en la temprana infancia, por lo que considera a la lactancia y sobre todo el destete, como experiencias de pérdida patógenas.

Finalmente, *“la pérdida de una persona amada da origen no solo a un intenso deseo de reunirse con ella sino también a un sentimiento de ira por su alejamiento y, más tarde, a cierto grado de desapego; lleva a pedir ayuda pero a veces también a rechazar a quienes la brindan.”* (Bowlby 2009, p. 53).

EL DUELO

“El duelo no es un signo de debilidad o indulgencia a sí mismo, sino una demostración de la profunda necesidad humana que la mayoría tenemos cuando sufrimos la pérdida de un ser querido”.

(Fleming-Holland, 2008)

El duelo sucede posterior a una pérdida, ya sea por el fallecimiento de un ser querido, el rompimiento de una relación, el diagnóstico de una enfermedad, el cambio de trabajo o de domicilio, etc. En cualquiera de estas situaciones hubo una crisis o un cambio que desequilibró emocional y físicamente a la persona.

Por cuestiones de estadística se considera la duración normal de un duelo entre seis y veinticuatro meses como máximo después de la pérdida, y a la prolongación de este tiempo como una patología, sin embargo, esto es mera estandarización pues lo que verdaderamente debe tomarse en cuenta para considerar el término del proceso de duelo, es el momento en que la persona puede hablar de su pérdida sin que ello le provoque aflicción y ha empezado a retomar sus actividades cotidianas.

Para Freud el duelo es el resultado de la pérdida del objeto amoroso, elegido a partir de la identificación y desde una base narcisista. En su obra titulada “Duelo y Melancolía” intenta comparar sin llegar a una definición concreta, la melancolía y el duelo, considerando al primero como normal y la segunda como la patología de éste. Freud dice: *“el duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser amado. Es también muy notable, que jamás se nos ocurra considerar el duelo como*

un estado patológico y someter al sujeto afligido a un tratamiento médico, aunque se trata de un estado que le impone considerables desviaciones de su conducta normal. Confiamos, efectivamente, en que al cabo de algún tiempo, desaparecerá por sí solo, y juzgamos inadecuado e incluso perjudicial, perturbarlo.” Continúa: *“La melancolía se caracteriza psíquicamente por un estado de ánimo profundamente doloroso, una cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de todas las funciones, y la disminución del amor propio.”*

La riqueza de la teorización que hace Freud respecto al duelo, me parece que radica en concebirlo como el paso por el que el sujeto deberá transitar para hacerse consciente, de forma gradual, de una nueva realidad en la cual no existe más el ser querido, por lo que el autor aclara que *“lo normal es que el respeto a la realidad obtenga la victoria.”*

Melanie Klein considera que *“el niño pasa por estados mentales comparables al duelo del adulto y que son estos tempranos duelos los que se reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso. El método más importante para que el niño venza estos estados de duelo es, desde mi punto de vista, el juicio de realidad. Este proceso es, tal como Freud lo señaló, parte del trabajo de duelo.”* (Klein, 1940)

Mientras que para Anna Freud, el concepto de duelo se limita a procesos con resultado sano.

Aun cuando existe una gran variedad de autores cada uno con su propia definición de duelo, es importante señalar que para fines del presente trabajo, el término será utilizado en la acepción hecha por Bowlby, la cual versa de la siguiente

manera: *“se emplea para denotar una serie bastante amplia de procesos psicológicos –conscientes e inconscientes- que se ponen en marcha debido a la pérdida de una persona amada, cualquiera sea su resultado –sano o patológico-.”* (Bowlby 2009, pp. 40-41. El subrayado es mío)

Siguiendo la definición de Bowlby apoyado en la conceptualización del trabajo de duelo de Ana Freud, se entiende por duelo sano *“el esfuerzo exitoso de un individuo por aceptar que se ha producido un cambio en su mundo externo y también que él debe realizar cambios correspondientes en su mundo interno, representacional, y reorganizar y quizás reorientar, en consecuencia, su conducta de apego.”* (Bowlby 2009, pág. 41).

A continuación se enlistan algunas consideraciones de ayuda para el proceso de duelo:

1. Destinar tiempo para asumir la pérdida. Cada persona tiene su ritmo, por lo que aprovechar la oportunidad para identificar los sentimientos y emociones, ayudará a aceptar la ausencia.
2. Expresar los sentimientos. El dolor puede ser compartido con los seres queridos, seguramente ellos podrán brindar el apoyo necesario.
3. Mantener la red de apoyo social. Amigos y familiares forman parte de ella y conocen la situación por la que se está pasando.
4. Recordar a la persona perdida. Sin duda formó parte importante en la vida personal y en ello radica su añoranza.

5. La vida continúa. Así como esa persona fue relevante en la vida personal, se es relevante para otras personas.
6. Despejar dudas. La información adecuada a la edad de la persona, ayuda a comprender mejor la situación y evitar malos entendidos.
7. Participar en celebraciones y manifestaciones relacionadas con la muerte. Son oportunidades para recibir el afecto de familiares y amigos y compartir la pena.
8. Retomar las actividades diarias. Ayuda a incorporarse nuevamente al curso de la vida y recordar que se está vivo, cuando llegue este momento significará que el duelo ha cumplido su tiempo.
9. El duelo es individual. Cada persona vive la pérdida de forma distinta de acuerdo a su personalidad y a los recursos tanto personales, económicos y sociales con los que cuenta.

La mayoría de los clínicos consideran que las diferentes respuestas que las personas dan frente a la pérdida, tienen su origen en las experiencias de la infancia abriendo un debate desde los que, al acreditarles inmadurez psicológica, opinan que los niños de cierta edad no tienen conciencia de muerte por tanto es casi impensable que puedan transitar en un proceso de duelo, hasta quienes afirman - como Bowlby- que las experiencias de la infancia determinan la manera en que actuarán los sujetos cuando se encuentren frente a pérdidas en su edad adulta.

DUELO EN LOS NIÑOS

Para hablar del duelo en los niños, primero debemos considerar lo que Fleming y Rutherford plantean, a saber *“los conceptos infantiles revelan un patrón de desarrollo similar en todos los niños, pero varían ampliamente según la edad. En su desarrollo cognoscitivo, los conceptos progresan de lo concreto a lo abstracto, de vagos a precisos, de inexactos a definidos, de generales a específicos. Por ello, algunos investigadores (p. e.: Hurlock, 1956; Kübler- Ross, 1993; Nagy, 1953) hasta hace 15 años, estaban de acuerdo que los conceptos de la vida y la muerte evolucionan en etapas relacionadas con la edad del niño. Así, antes de los cinco años, el niño cree que todos los objetos tienen las mismas cualidades vitales como el ser humano. Es por esto que los niños no entienden la muerte y no la ven ni como oposición ni como finalización de la vida; más bien, según la teoría tradicional del desarrollo, la ven como un cambio de vivienda o como una salida, no como un proceso final en su pensamiento animístico que inventa cualidades de vida en todo, incluso en cosas inanimadas. Aproximadamente a la edad en que ingresan a la primaria, empiezan a pensar que la muerte es gradual pero temporal; no la contempla todavía como una finalidad. Hasta la edad de 9 años, la muerte se personifica como una persona aparte, una persona identificada con el proceso, por ejemplo, “la calaca”. Según un estudio de Schilder y Wechsler (1934), el niño ve a la muerte de manera impersonal y objetiva, como algo que pasa a otros sin relación a él mismo. Solamente después empieza el niño a reconocer la muerte como un proceso inevitable que es la finalidad de la vida (Hurlock, 1956). Por ende, cuándo y a qué grado va a aparecer el interés en la muerte, lo funerario y qué pasa después de ella, dependerá de las influencias ambientales. Por ejemplo, cuando la muerte ocurre en una persona cercana a la vida de un niño, el impacto será más fuerte en*

este caso que si es de una persona menos cercana". (Fleming-Rutherford, 2008. El subrayado es mío).

Por su parte, John Bowlby cita algunos de los estudios realizados con niños (Nágera, Becker y Margolin) para ejemplificar la forma en que comúnmente se les hace "partícipe" en asuntos de la muerte, en los resultados obtenidos se logró apreciar que entre más pequeños sean más tarde serán informados del acontecimiento, además de que son pocas las veces en las que se les permite asistir en las exequias y generalmente los familiares se ocultan de ellos cuándo caen en llanto, todo esto con la errónea intención de evitarles el sufrimiento sin percibir que en realidad lo que se genera en ellos es una gran confusión entre lo que sienten y lo que los adultos a su alrededor les dicen que está sucediendo, por lo que lejos de propiciar la expresión de sus sentimientos hacen casi lo imposible por evitárselas.

Sin embargo, dentro de la inmadurez que los niños tienen para definir lo que sienten, poseen una enorme capacidad para percibir los signos y saber que algo está sucediendo e interpretarlo de acuerdo a la etapa de desarrollo en la que se encuentren, lo cual no es lo ideal pues sin una orientación adecuada lo que puede resultar es un trauma generado por la mala experiencia. En todo caso *"el niño percibe el clima emocional y se da cuenta cuando la familia está en crisis. El niño necesita saber que aunque los adultos estén tristes ahora, esto pasará. Necesita escuchar que los adultos seguirán con su cariño, su amor al niño en duelo, pues ellos son su mundo inmediato. Estamos descubriendo que los niños son más capaces de soportar la tensión asociada con la muerte que la tensión asociada con el misterio y el abandono implicados en el resultante vacío silencioso."* (Fleming-Holland, 2008. El subrayado es mío)

Hablando de las variables ambientales en las que se desarrolla el proceso de duelo, Bowlby plantea prestar atención a *“el momento en el que se le comunica al niño, lo que se le comunica, la manera en que responde el propio padre sobreviviente y cómo éste desea y espera que su hijo responda”* (Bowlby 2009, p.279). De esta forma considera como condiciones favorables para la elaboración de un duelo sano en el niño, que éste *“haya mantenido una relación razonablemente segura y afectuosa con sus padres antes de sufrir la pérdida, segundo, que se le dé pronto la información precisa sobre lo ocurrido, que se le permita hacer toda clase de preguntas, que se las conteste del modo más honesto posible y que participe en la aflicción de la familia e incluso en las ceremonias funerarias en el caso de celebrárselas; y, tercero, que cuente con la consoladora presencia de su padre sobreviviente o, si esto no es posible, de un sustituto de confianza y que tenga la seguridad de que esa relación habrá de continuar.”* (Bowlby 2009, p. 285)

Aunado a esto se suman las recomendaciones de salud emocional que hacen Fleming y Holland para ayudar a la curiosidad y al duelo infantil, tales como:

- No ofrecer más detalles de lo que pide el niño; si quiere saber más, él preguntará.
- No se evite el tema de la muerte ni se evite asistir a una funeraria.
- Respetar la personalidad única de la otra persona, aunque sea un niño.

- No desanimar la expresión emocional de congoja: enojo, llanto, culpabilidad, desesperación y protesta; son reacciones naturales a la desorganización familiar.
- No hay que decir al niño cosas que luego tendrá que desaprender; hay que evitar cuentos de hadas, medias verdades o enredos.
- Evitar el lenguaje figurativo porque el niño entiende de forma literal. La honestidad es el único camino que se debe tomar.
- No tener miedo a expresar las propias emociones.
- Hablar a las emociones del niño y no a su intelecto.
- Tener presente que existen profesionistas que pueden ayudar en el duelo infantil.

Sobre todo, *“es obvio que muchas preguntas infantiles sobre la muerte son iguales o parecidas a las preguntas de los adultos. Tenemos que concientizarnos de esto y reconocer al niño como un individuo capaz de entender en su nivel”*. (Fleming-Holland, 2008)

De acuerdo a William C. Kroen, algunas de las respuestas habituales que los niños entre seis y nueve años tienen una vez que saben que la muerte es algo permanente y real, son:

La *negación*, es de las respuestas más comunes en la cual los niños pueden mostrarse muy agresivos aunque hay quienes suelen parecer más contentos y juguetones que de costumbre, como si la pérdida no les hubiera afectado, en este caso puede ser que los adultos malinterpreten esta conducta y reaccionen con cólera o simplemente ignoren a los niños, sin comprender que en realidad ésta es la forma con la que expresan su dolor.

La *idealización*, se refiere a la forma en que se reafirman los aspectos positivos de la persona perdida enaltecéndolos en exceso con la intención de mantener el vínculo con el ser querido.

La *culpabilidad* suele hacer creer al niño que la muerte está relacionada con algo que él provocó o no hizo.

El *miedo* y la *vulnerabilidad*. Es natural que a esta edad los niños se sientan vulnerables de lo que pasa a su alrededor y en especial cuándo ocurre una pérdida cercana, por lo que pueden mostrarse agresivos o a la defensiva.

La *identificación* con el rol. Algunos niños asumen el papel de la persona fallecida, en especial si se trata de la persona con quién mantenían un fuerte apego o existe algún tipo de identificación.

La *búsqueda* de la persona. No es de extrañar que en ocasiones pregunten acerca de la persona fallecida o físicamente acudan a los lugares en donde solía estar.

Otros aspectos que los niños pueden mostrar como respuesta a su proceso de duelo:

- Llorar en exceso durante periodos prolongados
- Berrinches frecuentes y prolongados
- Apatía e insensibilidad
- Pérdida de interés por los amigos y por las actividades que solían gustarle
- Problemas de sueño
- Pérdida de apetito y de peso
- Miedo a quedarse solo
- Comportamiento infantil (enuresis, hablar como bebé)
- Frecuentes dolores de cabeza solos o acompañados de otras dolencias físicas
- Imitación excesiva de la persona fallecida
- Manifestación del deseo de reencontrarse con el fallecido
- Cambios importantes en el rendimiento escolar

CAPÍTULO DOS
CASO

DESCRIPCIÓN

Se trata de una familia ubicada en la delegación Xochimilco de la Ciudad de México, con las características particulares de los habitantes de esta delegación que en su mayoría son gente originaria, es decir, xochimilcas, por lo que debemos considerar sus usos y costumbres.

Hablamos entonces de una familia extensa de tradiciones arraigadas, cuya idiosincrasia responde a la mística de leyendas y mitos, de fe católica y con un aparente nivel socioeconómico de clase media.

La familia nuclear comprende un matrimonio maduro con cuatro hijos adultos entre los 22 y 38 años aproximadamente, tres mujeres y un hombre. La hija mayor es T.¹, después L. (con quién se trabajó), R. (fallecida) y A. el menor, por último están tres niñas de entre 3 y 10 años. Dos son hijas de L., E. de 10 años (con quien se trabajó) y P. de 3 años y, finalmente N. de 4 años, hija de R.

En cuanto a las actividades de cada miembro, se puede decir que todos tienen las ocupaciones adecuadas a su edad, los adultos trabajan y las niñas asisten a la escuela.

Respecto a la paternidad de las niñas, al parecer existe muy poca presencia, si no es que nula, por parte de los progenitores de las mismas, esto implica que N. pueda considerarse huérfana de padre y madre.

¹ Cabe señalar que los nombres reales de los hijos empiezan todos con R, excepto la segunda hija con quién se trabajó y por cuestiones prácticas se les asigna otra letra para diferenciarlos.

Algo que pareciera irrelevante pero no lo es, es el lugar que ocupan las mascotas en la familia, sobre todo la importancia que tienen para E. como se verá más adelante. Pues bien, tienen una gata de aproximadamente seis meses, cuyo nombre es Turquesa Jacinta –así bautizada por su dueña, R.- a quién de cariño le llaman Jashish (a manera del diminutivo de Jacinta) o Turquesita y Momo, una perrita de tres meses aproximadamente, de raza Beagle, ésta llegó a la familia como obsequio por parte de una amistad de la familia, poco después del fallecimiento de R. Fue E. quién eligió el nombre haciendo referencia al libro de Michael Ende, mientras que la gata fue adquirida por la propia R., quién -de acuerdo a lo dicho por E.- desde hacía tiempo deseaba un gato, ella misma eligió el nombre de Jacinta y fue E. quién le dio el segundo nombre (Turquesa) a raíz del título de un cuento infantil.

Cabe señalar que durante el tiempo trabajado con la familia, ésta asistía a pláticas tanatológicas con un sacerdote de la iglesia cercana a su domicilio.

Aun cuando sólo se trabajó formalmente con dos miembros de la familia (E. y L.), y debido a que las sesiones se llevaron a cabo en el domicilio de la misma, era necesario detallar lo más posible el contexto, pues fue inevitable haber tenido un breve intercambio de palabras e instantes con el resto del núcleo familiar durante la intervención, además de que sólo así se puede intentar traer esa realidad al lector o que el lector se asome a ese espacio y tiempo en específico.

EL ACCIDENTE

De acuerdo a la reconstrucción de lo narrado por E., la noche en que la familia festejaba el cumpleaños de T. ocurrió el accidente.

R. se retiró del festejo con un amigo, conocido de la familia y una semana después falleció.

No se sabe con exactitud cómo transcurrieron esos días pues obviamente no se compartió la información con las niñas, sin embargo, E. notó cambios en la rutina familiar pues miembros de la familia extensa asistían con más regularidad a discretas reuniones. Al mismo tiempo que notaba movimiento dejó ver también tiempos muertos, veía llorar a sus familiares sin convencerle las justificaciones: “mamá me dijo que le dolía el estómago pero si hubiera sido eso estaría acostada en la cama y no estaba”, “traían veladoras al cuarto de mi tía y no sabía por qué”, “me dijeron que se había ido de viaje, pero entonces ¿por qué lloraban?”.

En una de esas visitas, una prima de su edad le dijo “¿sabes que tu tía está en el hospital con tubos? Me dijeron mis papás”, comentario que le fue por demás extraño pues no coincidía con lo que le habían dicho y no dio mayor importancia.

Comentó con bastante asombro que el día previo a enterarse del fallecimiento de su tía, Jacinta se fue a dormir con ella, lo cual calificó como un acto de inteligencia pues para E., la gata presintió lo que ocurriría y buscó protección, por eso “Jacinta fue muy lista”.

Al día siguiente fue informada del fallecimiento por parte de una psicóloga conocida (B.), quien acompañada de amistades se llevaron a las tres niñas a un parque en donde después de un breve paseo se colocaron una nariz de payaso, la cual según B. era “la nariz de la verdad”, en esa ocasión E. aprovechó la oportunidad para preguntar “¿a algún familiar le pasó algo, alguien está en el hospital?” y quitándose la nariz de payaso, B. respondió “tu tía falleció hoy”. Después de ser tranquilizadas, regresaron a su casa a esperar “que llegara el cuerpo, luego te conocí” (sonríe).

Cuando llegó el féretro, la familia, incluyendo las niñas, se reunió para despedirse de R. en privado y después permitir a los demás familiares y amigos hacer lo propio.

Las niñas también fueron integradas en la ceremonia durante el sepelio, aunque E. comentó que cuando intentó abrir el ataúd de la parte donde se ve el rostro porque “la quería ver por última vez”, sus familiares se lo impidieron y sólo “aventamos las flores”.

UNA EXPRESIÓN DEL PROCESO DE DUELO

Lo primero que comentó E. en la sesión inicial, fue que estaba confundida por cómo había sido el accidente y manifestó la necesidad de sacar su enojo argumentando “me mintieron”. También expresó su deseo de haber sido informada oportunamente para poder hacer algo más como “rezar”, quizá con la intención de que mejorara la salud de su tía.

En la segunda sesión y en respuesta a su solicitud de desahogar su enojo, le pedí que hiciera un dibujo, mismo que se presenta a continuación.



Sin intentar tomar este dibujo con la rigurosidad de un test psicométrico, se puede apreciar la conciencia de E. en cuanto a la periodicidad de su duelo, es decir, expone la emoción (la furia) que le embarga pero sabe que será pasajera, además, muestra la vía que la llevará a volver a ser una niña feliz “jugando y conviviendo con su familia”.

Independientemente de que los elementos incluidos en el dibujo sean aspectos que ha internalizado del ambiente que la rodea, por ejemplo, antes de dibujar comentó que el padre, con el que acuden a las pláticas tanatológicas, había mencionado a la familia que era normal que sintieran furia, también pueda ser que el pasaje para llegar a la felicidad, que representó con la imagen de juegos infantiles, ya haya sido aludido por alguien más. Lo importante es que E. haya hecho suyos esos elementos y sobre todo los tenga presentes, pues sin duda ayudarán a que su duelo derive en una experiencia mucho más positiva, un aprendizaje. Tal como considera Melanie Klein, *“el aumento de amor y confianza y la disminución de los temores a través de experiencias felices, ayuda al niño paso a paso a vencer su depresión y sentimiento de pérdida (duelo).”* (Klein, 1940)

CAPÍTULO TRES

ANÁLISIS

*“El dolor no es siempre malo,
porque del dolor crecimos y maduramos.”*

Rutherford

EL DUELO EN E.

Parte de los mecanismos psicológicos de los cuáles E. echó mano para enfrentar el fallecimiento de su tía encontramos en primer lugar a la identificación. Para Freud, la *“identificación es la fase preliminar de la elección de objeto y la primera forma, ambivalente en su expresión, utilizada por el Yo, para distinguir a un objeto.”* (Freud, 1917). Es decir, la razón por la que a E. le duele la pérdida de su tía probablemente se deba a que fue ella con quien convivió más que con su propia madre, como pudo apreciarse en el desarrollo de las sesiones, además, al parecer fue R. quien la acercó al mundo de la fantasía a través de la literatura y los filmes, así como al ballet, con todo, es notable el fuerte vínculo que mantenían y este mismo vínculo es el que, de acuerdo a la teoría freudiana, le permite identificarse y al mismo tiempo diferenciarse y saber que es su tía quien ha fallecido y no ella.

Jacinta vs. R. El proceso de identificación

Como se mencionó anteriormente, un aspecto relevante en el acercamiento al duelo de E. es el papel que adquieren los animales tanto para dar respuestas a situaciones que parecieran no tener otra explicación, como para entender mejor el lugar que ocupan dentro de la concepción familiar.

Estamos hablando de la forma en la que Jacinta se ha convertido en un pilar para E. en cuanto a la elaboración de su duelo, para ser más clara, en varias ocasiones fue notable que la relación con la gata representa el vínculo que la mantiene unida a R., por ejemplo, cuando aludió a la rápida y, para E., sorprendente recuperación de la minina, quien fuera intervenida quirúrgicamente poco después del fallecimiento de R., hecho que en lugar de ser percibido como resultado de la capacidad de regeneración celular debido a la corta edad de la misma (6 meses), E. lo dejó ver como una especie de regalo divino por parte de R. hacia la gata y hacia la misma E., para que viviera y estuviera junto a ella ya que R. no podría estarlo más, aunado a esto, se encuentra la insistencia por parte de E. de hablar en las sesiones acerca de los nahuales quienes, de acuerdo a su propio entendimiento, representan la reencarnación de personas en animales, lo cual abre la posibilidad de considerar otros aspectos, ya sea que Jacinta fuese la reencarnación de su tía o sólo un recordatorio de que ésta sigue viva en aquella.

Independientemente la gata, representa el cariño suplente que perdió E. con la muerte de R., acaso ¿su objeto transicional? O cuando mencionó que Jacinta había sido muy inteligente porque una noche antes del accidente en el cual perdiera la vida R., se quedó a dormir a los pies de E. como si presintiera lo que sucedería al día siguiente, lo cual le pareció de suma rareza pues la gata acostumbraba a dormir en la habitación de R., ¿Será acaso esta explicación producto de su aún pensamiento mágico o resultado de la idiosincrasia característica de la zona?

En suma, no cabe duda que E. quiere a la gata casi igual a como R. la quiso. He aquí otra manifestación del proceso identificatorio, esta vez como compensación a la pérdida sufrida, pues E. hace las veces de su tía fallecida, tal como lo plantea Freud en su teoría del duelo y ya desde 1921 en su “Psicología de las masas y análisis del

yo” en donde proponía que la *“identificación es la forma original del vínculo emocional con un objeto [y que] de una manera regresiva se convierte en un sustituto del vínculo libidinal”* (Freud en Bowlby 2009 pp. 37, 48 y 52).

La Idealización, un tributo al cariño

Un segundo mecanismo es la idealización que hace E. de R. De acuerdo a lo expuesto por Fernanda Clavel en su artículo “Sobre la Idealización”, respecto a la interpretación que hacen del concepto Bleichmar y Lieberman desde la teoría kleiniana, se puede entender que la actitud de E. responde a la protección de la angustia que le genera la muerte de su tía. En palabras de Klein *“el sujeto en duelo se alivia recordando la bondad y buenas cualidades de la persona perdida y esto en parte debido a la tranquilización que experimenta al conservar su objeto de amor idealizado.”* (Klein, 1940).

En las primeras sesiones, E. no dejaba de hablar acerca de cómo era R., cómo se vestía, lo que compartieron juntas, incluso, algo que me parece que puede alargar su duelo es el vacío de esa gran incógnita por conocer específicamente a qué se refería R. cuándo le decía a E. que las tres (E., N. y R.) tenían “muchos planes para el futuro”, con lo cual se perpetúa el vínculo sobrina-tía con la intención de que al preguntárselo una y otra vez, en algún momento, de alguna forma, pueda enterarse de cuáles eran éstos, aunque al mismo tiempo sabe que nunca los conocerá. Sin embargo, E. continúa haciendo, en la medida de lo posible, las actividades que solía hacer con R. o que R. le impulsó realizar, de esa forma E. rinde tributo al cariño y anhelo por su tía y lo expresa en frases como “le voy a cumplir su deseo.” De esta forma, *“los mecanismos de idealización tienden a negar la fantasía*

de destrucción del objeto, otorgándole invulnerabilidad, riqueza de contenidos, belleza. Un objeto así, no dañado ni moribundo, evita tanto el temor a la persecución como el sufrimiento psíquico (duelo)".

De la ambivalencia, una paradoja

Otro aspecto relevante de la teoría freudiana es el reconocimiento de la herida (narcisista) que deja la pérdida de un ser querido en el doliente, así como la aparición de una ambivalencia amorosa que con tal de evitar más dolor obliga a éste a mantenerse a la defensiva al grado de *"atormentar a los que ama"* (Freud, 1917). Por lo que es muy probable que la actitud que L. reportó respecto al aumento de aislamiento y poco interés de E. en frases como "ya no la invitan a salir, se van y la dejan", "se aísla en el cuarto de T", "ve pura tele", "no presta interés en las cosas q le regalan" etc., se deba a esta situación. Además, de cierto modo es de esperarse la actitud de E. si consideramos el débil apego que ha existido con su madre, pues de acuerdo con Bowlby el extrañamiento y el fuerte anhelo que siente por su tía no le permite encontrar consuelo en otra compañía y *"aunque sus pedidos de ayuda son apremiantes, su conducta a menudo resulta tan contradictoria y frustradora para quienes tratan de consolarla"* (Bowlby, 2009. pág. 37). Lo que toca entonces es dar tiempo para que *"luego de una fase de retraimiento y apatía"* E. comience a buscar nuevas relaciones, de inicio con L. preferentemente, tal como ella misma lo expresó en su dibujo "la furia", en donde puede apreciarse una niña enfurecida por el dolor que siente debido a la pérdida pero con el tiempo, conviviendo con su familia y jugando, volverá a ser una niña feliz.

Por lo anterior pareciera que lo que E. perdió con el fallecimiento de R., es algo que paradójicamente hace mucho no tiene: la figura de una madre amorosa, y a riesgo de especular en exceso puesto que no hubo tiempo de profundizar en la relación de L. con su madre, con lo que se logró apreciar se puede decir que lo que está en juego aquí es una inmadurez -en el sentido de la no concreción- de las relaciones objetales de E., que viene arrastrándose desde la propia historia de L., situación que le ha generado a ésta una baja autoestima que a la vez le ha impedido hacerse responsable de la crianza de su primogénita, por tanto no sentirse “buena madre” especialmente con E., como lo aseveró en una de las sesiones. Sin embargo, la riqueza del duelo vivido es que gracias a la pérdida, esta situación pudo ser develada y es ahora L. quién debe de enfrentar la necesidad que tiene E. de contar con la figura materna que por años su hermana R. cubrió. Toca ahora asumir su responsabilidad y afianzar los lazos con su hija mayor.

E. también indicó que en ocasiones ha acudido a la habitación de R. para llorar a solas y evitar que N. la vea, cumpliendo así la consigna familiar de “no hacer llorar a N.”. En una visita al panteón cuando N. preguntó a E. el motivo por el que lloraba, E. recurrió a reforzar la mentira que dio T. como su respuesta “me entró basura al ojo”. De esta forma se puede apreciar que en la familia de E., hay que esconder el dolor ante los más pequeños y si es necesario mentir, con tal de evitarles sufrimiento, sin embargo, no se ha dado cuenta que sin querer está propiciando lo mismo que a ella le generó enojo: que no le dijeran lo que sucedía y por tanto le mintieran.

LA PÉRDIDA EN L..

*Un refrán contemporáneo dice: “No todo lo que se enfrenta
se puede cambiar, pero no se puede cambiar nada
hasta que lo enfrente”*

(Rutherford, 2008)

“En el duelo normal, el individuo reintroyecta y reinstala tanto a la persona real perdida, como a sus padres amados que sintió como objetos internos buenos. En su fantasía, este mundo interno, que construyó desde los primeros días de su vida en adelante, fue destruido cuando se produjo la pérdida actual. La reconstrucción del mundo interno da la pauta del éxito de la labor de duelo.” (Klein, 1940).

Muy probablemente la razón por la que L. básicamente no hablara de su duelo e incluso mencionara frases como “veo a mi mamá que llora, a mis hermanos, pero yo no lloro”, “quiero llorar pero no puedo”, “¿por qué no lloro?”, “¿cómo puedo expresar mis sentimientos?”, se deba a que el fallecimiento de su hermana revivió asuntos propios de su historia personal, como la relación con sus padres y con sus hermanas y en especial, su autopercepción. Sin embargo, en las sesiones le brotaron lágrimas cuando habló de su papel como madre, su infancia y la relación con sus padres, por lo que confirma la necesidad que tiene de solucionar cuestiones internas pendientes antes de elaborar su duelo por el fallecimiento de su hermana. Además, podría pensarse que su llanto no se debiera a la pérdida de su hermana, sino lo que su hermana representaba en su vida o quizás, como dice Freud *“cuando el objeto no posee para el Yo una importancia tan grande, intensificada por mil conexiones distintas, no llega su pérdida a ocasionar un estado*

de duelo o de melancolía". (Freud, 1917) Aunque siendo su hermana sería difícil pensar así, lo cierto es que se necesita mayor información para responder a sus preguntas.

Lo importante a rescatar es que para L. el fallecimiento de su hermana, dejó ver la dificultad que ha tenido para expresar sus emociones y sentimientos especialmente con E., y aun cuando en las sesiones mencionó que ha sido así toda su vida también expresó la preocupación que tiene de seguir con dicha dificultad pues ésta merma la relación con su hija, y como ella reflexionó, a diferencia de su sobrina N., E. tiene a su madre viva que es ella y desea cumplir con su función, sólo necesita aprender el cómo.

También es importante rescatar que uno de los aspectos que vino a resaltar el fallecimiento de R. en la familia, es el desapego que existe entre E. y L., el cual no es gratuito, pues como dice Bowlby *"la duración del desapego de un niño con respecto a la madre presenta un alto grado de correlación significativa con la duración del periodo de separación"* (Bowlby, 2009, p.43). Aquí lo que llama la atención, si hacemos caso a la cita, es que si de acuerdo a lo expresado por la propia L. respecto a que siente que "no ha sido buena madre con E." y agregamos el fuerte vínculo que tenía E. con su tía, podemos entonces deducir que el desapego entre E. y L. ha durado años, mismos que hoy L. quiere recuperar para tener una mejor relación con su hija, sobre todo para que "no equivoque el camino" ni "repita patrones".

Como se puede notar hace falta mucho trabajo con L. que debido a sus tiempos no fue posible realizar por lo que podemos dejar hasta aquí el análisis de la experiencia y pasar a la parte final de este trabajo.

CAPÍTULO CUATRO
CONCLUSIONES

“Lo que cuenta es lo que uno hace en el momento de morir...”

Muriel Barbery. La elegancia del erizo.

Como decía Kübler-Ross, más allá del dolor la muerte es una oportunidad de crecimiento y de aprendizaje para los sobrevivientes y a la vez una forma de trascender la propia existencia.

En este caso, el fallecimiento de R. dejó ver, en general, las características de la estructura familiar y su dinámica y en particular, la endeble relación madre-hija de E. y L. que de otra forma habría sido difícil identificar, sobre todo si L. continuaba evadiendo sus responsabilidades como madre y dejando esa función a su hermana. También se permitió ver el débil autoconcepto y la baja autoestima de L. y la necesidad de E. de una madre amorosa.

Por la edad de E. y de acuerdo al período cognoscitivo en el que se encuentra, es de esperarse que tenga conciencia de la irreversibilidad de la muerte de su tía, sin embargo, fue bastante sorprendente escuchar y verla el día del velorio, explicándole a su prima N. que jamás volvería a ver a su mamá porque estaría dormida para siempre (palabras más).

En este sentido, trabajar con E. permitió conocer la capacidad que tienen los niños para responder ante la muerte de un ser querido, misma que puede ser reforzada en forma positiva o negativa por los adultos que forman parte del entorno inmediato, en el caso particular y aunado al proceso cognitivo en el que se encuentra E., el hecho de haber contado con estímulos de carácter fantasiosos (generados de la literatura y películas infantiles) le formó cierta noción, que basada

en la imaginación, le ha permitido ubicarse en la realidad y empezar a aceptarla, como ella misma externó “ya saqué mi enojo” (a través del dibujo) “ya estoy aceptando la situación” (el fallecimiento de su tía).

Durante el trabajo con E. se logró apreciar un avance en cuanto a su proceso de duelo, pues de iniciar con una clara incertidumbre y una evidente molestia respecto a lo ocurrido con el fallecimiento de su tía, sobre todo porque la información no fue oportuna ni clara como ya se vio, en las últimas sesiones se le veía más tranquila y con más consciencia de su sentir.

Por otro lado, es de reconocerse el esfuerzo de L. para acercarse a su hija y que si bien no obtuvo la rapidez o los resultados deseados en el tiempo que trabajamos, sí hubo un apreciable avance en cuanto a su relación sobre todo porque al tomar la iniciativa de hacer algo al respecto, logró hacerse consciente de la problemática.

OTRAS REALIDADES...

Sin duda en el ejercicio de entender y explicar la realidad uno se lleva muchos aprendizajes, en este caso del interés por ayudar en el proceso de duelo de E., reafirmo la importancia que tiene ubicarse en el lugar desde el cual está hablando el doliente y prestar verdadera atención a sus dichos.

Para mí fue realmente enriquecedor por ejemplo acercarme al filme de “El Viaje de Chihiro” porque además de representar algo importante para E. y aun cuando mi lectura no coincidió del todo con la suya, me permitió entender más el lugar desde el que me hablaba y sobre todo identificar los elementos que poseía para hacer

frente a su duelo, entre ellos la imaginación, su capacidad para externar sus sentimientos y una cierta madurez para tratar el tema, casi tan parecida como la cualidad del personaje principal de la película, a mi parecer.

En las ocasiones en las que tuve oportunidad de jugar con las tres niñas noté varias cuestiones, primero, el incipiente vínculo afectivo que E. manifestó respecto a mí, me permitió reflexionar en la evolución de su proceso de duelo, pues de conocerla como una niña llena de dudas respecto a lo que sucedía con ella y su alrededor, comenzó a mostrar mucha más seguridad sobre todo en sus sentimientos y aunque esto significaba una expresión del éxito deseado, también lo era la necesidad de reorientar dicho vínculo hacia una figura familiar, de preferencia su madre.

Segundo y derivado de lo anterior, la necesidad de atención que tiene E., como ella misma lo señaló “me gusta platicar contigo”, “te tengo confianza”.

Tercero y más apremiante, la necesidad de trabajar con el resto de la familia nuclear para reforzar el avance en el duelo de E. y sobre todo, para ayudarlos a ver la pérdida como una oportunidad para reencontrarse subjetivamente y como miembros de un núcleo familiar.

Algo que me quedó muy claro es la complicación de trabajar en el domicilio de las personas dolientes, pues si bien es cierto que en las primeras sesiones se contó con la privacidad necesaria, mi presencia periódica en el hogar comenzó a llamar la atención de las pequeñas y entonces interrumpían con mayor frecuencia.

Teniendo plena consciencia del tiempo que duraría el acercamiento, no esperaba la conclusión del duelo en E., lo que sí procuré es ahondar en lo posible, acerca de las

emociones, sentimientos y pensamientos que E. quisiera compartirme respecto al momento por el que estaba pasando.

De la revisión bibliográfica realizada, mucho se hablaba de la importancia de la elaboración de un duelo “sano” en la niñez para evitar patologías posteriores, con este acercamiento y debido al tiempo y la metodología utilizada, sería arriesgado hacer afirmaciones prospectivas respecto a la aparición o no de patología en E., sin embargo, queda bastante claro que la diferencia radica en aquellos niños que vivieron duelos sin una observación familiar y sobre todo, profesional y los que no.

Por último, ¿Qué decir de la siguiente premisa: *“la duración del desapego de un niño con respecto a la madre presenta un alto grado de correlación significativa con la duración del período de separación”*? (Bowlby 2009, pág. 43). Es decir, si tomamos en cuenta que existe una clara expresión de desapego entre L. y E. desde no se sabe cuántos años y si diéramos cabal aceptación a dicha premisa, esto querría decir que ¿los años en que L. y E. no han sabido convivir para fortalecer sus lazos parentales será la misma cantidad que les lleve reencontrarse como madre e hija?, en este sentido ¿existe posibilidad de recuperar el tiempo perdido?, ¿es tarde para ello?, ¿Qué será de E. mientras ocurre el reencuentro? Bowlby me da aliento cuando señala que el desapego *“expresa lo que en la tradición psicoanalítica se ha descrito siempre como una defensa o, mejor aun, como el resultado de un proceso defensivo”*, en ese sentido, *“los procesos defensivos son un elemento constitutivo habitual del duelo en todas las edades.”* (Bowlby 2009, pág. 44). Entonces, si todo forma parte del proceso queda mucho por hacer.

BIBLIOGRAFÍA

- Anguera, Blanca y Miró, Ma. Teresa. 1995. "El modelo psicoanalítico de las relaciones de objeto y su evolución". Anuario de Psicología. No. 67. Facultad de Psicología. Universidad de Barcelona. <http://www.raco.cat/index.php/anuariopsicologia/article/viewFile/61299/88880>
- Bowlby, John. 2009. "La pérdida. Volumen 3 de la trilogía El apego y la pérdida". 1ª ed.- Buenos Aires: Paidós.
- Bravo M., Margarita. 2007. "Cómo afrontar la pérdida de un ser querido". Revista Digital Univertstaria. 10 de enero 2007. Volumen 8 Número 1. ISSN:1067-6079. www.tanatologia.entornomedico.net
- Curso Introductorio de Psicoanálisis. Universidad Arturo Prat. Mayo 2008. "Melanie Klein. Aportes a la teoría psicoanalítica: las posiciones y sus modalidades defensivas." En línea: <http://www.slideshare.net/calapatardo/melanie-klein-defensas-y-posiciones-1431026>
- De Kruyff. Fernanda Clavel. "Sobre la Idealización". Revista Científica Electrónica De Psicología ICSa-UAEH, No.3. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- Fleming Andreé y Holland Rutherford. "Reflexiones sobre la muerte: el duelo infantil y el suicidio juvenil". Psicología Iberoamericana, vol. 6, núm. 1, junio 2008, pp.8-14. Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, México.

- Freud, Sigmund. 1917. *“Duelo y Melancolía”* Obras Completas. Vol. XIV. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Goodman, Robin F., Ph. D. “Children and grief: What they know, How they feel, How to help”. NYU Child Study Center. Giving children back their childhood.
http://www.aboutourkids.org/articles/children_grief_what_they_know_how_they_feel_how_help
- Grecco, Eduardo H. “Muertes inesperadas. Manual de autoayuda para los que quedamos vivos.” ELEVEN Biblioteca del Nuevo Tiempo. Rosario-Argentina.
http://images.milcris.multiply.multiplycontent.com/attachment/0/R4YyPAoKCE8AABkHFL01/Grecco_Eduardo_Muertes_Inesperadas.pdf?key=milcris:journal:84&nmid=76982388
- Klein, Melanie. 1940. “El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos”. (artículo electrónico:
<http://www.elortiba.org/mklein/melanie.Klein.6.20.htm>)
- Kroen William C. *“Cómo ayudar a los niños a afrontar la pérdida de un ser querido: manual para adultos.”* 2002. Ed. Oniro S.A., Barcelona, España.
- Kübler-Ross, Elisabeth. *La Muerte: Un Amanecer.* Ediciones Luciérnaga. (Versión digital)
- Kübler-Ross Elisabeth. *“Sobre la muerte y los moribundos”* 2010. Sexta reimpresión. Ediciones Debolsillo. México

- Neimeyer, Robert A. 2007. "Aprender de la pérdida. Una guía para afrontar el duelo". Paidós. España
- Reyes, Pedro. y Hernández, Aymara. 2008. "El estudio de caso en el contexto de la Crisis de la Modernidad". Cinta Moebio 32: 70-89. www.moebio.uchile.cl/32/reyes.html
- Sagarna, Iratze. 2006. "El duelo. Cómo ayudar a los niños/as a afrontarlo". Tercer curso de Familia y Pareja. Escuela Vasco Navarra de Terapia Familiar.
- Taylor, S.J. y Bogdan. 1987. "Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados". Ed. Paidós Básica. pp.100-132 (versión electrónica)
- Terán, Rodríguez y Patiño. 2008. "Elaboración del duelo: una aproximación desde el punto de vista infantil." Pensando Psicología. Revista de la Facultad de Psicología Universidad Cooperativa de Colombia. Volumen 4. Número 6-7. Enero-diciembre 2008.
- Vargas, Kerly. "Aspectos psicoterapéuticos del duelo en niños y la prevención de complicaciones". Artículo de revisión. Colombia. http://www.psiquiatria.org.co/BancoMedios/Documentos%20PDF/cpe42artrev2_aspectos_psicoterapeuticos_del_duelo.pdf
- Zañartu, Krämer y Wietstruck. 2008. "La muerte y los niños". Revista Chilena de Pediatría. Artículo de revisión. Julio-Agosto 2008; 79 (4): 393-397.